



ZONA

LIBRE

Tardes DE LLUVIA

Claudia Celis

ZONA
LIBRE

Tardes de lluvia

Claudia Celis



Tardes de lluvia

Claudia Celis



mx.edicionesnorma.com

863.7

C45

2019 Celis, Claudia

Tardes de lluvia / Claudia Celis. —

México : Grupo Editorial Norma, 2019.

200 p. —

ISBN: 978-607-13-0862-7

1. Literatura mexicana. 2. Novela. 3. Literatura juvenil. I. t. II. Ser.

D.R. © 2009, Claudia Celis por los textos

D.R. © 2009, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2019, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,

Benito Juárez, México, Ciudad de México,

C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: marzo de 2020

Primera reimpresión: julio de 2020

Coordinación Editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota

Edición: Aline Hermida y Lucía Rosas Zambrano

Corrección de estilo: Georgina Cárdenas

Coordinación de diseño: Gustavo Rivas

Diagramación: Judith Sánchez Durán Fotografía

de cubierta: gettyimages.com

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61091439

ISBN: 978-607-13-0862-7

Capítulo 1

En cuanto el micro se detuvo, Rafael saltó a la gran charca de la calle. Bajo la tupida lluvia de gotas afiladas corrió cuadra y media hasta llegar a la entrada de la unidad. En momentos como ese suspiraba por el *vochito*, pero sabía que Natalia lo necesitaba más; como fuera, él llegaba a la oficina y no se movía de ahí, en cambio ella... A toda prisa atravesó la gran explanada de cemento, centro de aquel enjambre de casitas idénticas, y por fin llegó a la suya. Se colocó en la cornisa de la entrada buscando protección mientras buscaba las llaves, pero fue insuficiente; la lluvia pegaba por todos lados, hasta parecía brotar del suelo. Registró en el bolsillo derecho del impermeable, en el izquierdo, en los bolsillos del pantalón, en el interior del portafolio... parecía mentira, todos los días le pasaba igual. Volvió a

buscar en el bolsillo derecho del impermeable y ahí las encontró. Mojado y algo contrariado abrió la puerta y entró. Apenas había cerrado, el gesto de fastidio cambió por uno de gusto. Se quitó el impermeable, lo colgó en el perchero y se dejó envolver por aquella visión tan entrañable y tan suya de paredes claras con fotos de la familia y también por el aroma de aquella casa que a diario lo recibía con un abrazo. Se sintió afortunado y adoró su vida. Adoró a Natalia y a sus hijos, adoró a su suegra y a Mara. ¿A Mara? Claro que sí, a Mara. ¿Cómo no adorarla? Mara era más parte de la familia que muchos parientes. Por ejemplo, ¿estaba el tío Honorato en las fotos de la sala? En ninguna. ¿Lo extrañaba? No. Tenía años sin verlo y podían pasar otros tantos sin saber de él y no le afectaba. Y eso que era hermano de su mamá. En cambio la imagen de Mara se encontraba en casi todas las fotos y claro que la extrañaría; y no sólo porque fuera la mejor amiga de Cristina, la eterna enamorada de Javier, la ayudante principal de Natalia, la que jugaba con Nando y la cómplice incondicional de Flor, sino porque ya estaba acostumbradísimo a ella. ¿Y cómo no, si no salía de su casa? Eso era algo que le costaba entender. Mara era una niña con una situación económica bastante desahogada, con una casa preciosa (de las pocas que quedaban en la colonia), con jardín, garaje y toda la cosa, pero prefería estar ahí, en una de las pequeñas construcciones de interés

social que ahora inundaban la zona y que Natalia y él habían adquirido con tantos trabajos... Definitivamente no lo entendía.

Caminó por el estrecho pasillo. Notó que sobre la consola había correspondencia. La revisó: sólo cobros y propaganda. Sintió tristeza al pensar que el correo había pasado de moda. “Más bien se modernizó”, reflexionó, “ahora todo el mundo vive constantemente comunicado”. Se preguntó si los jóvenes, los enamorados desde luego, acariciarían y olerían la pantalla de la computadora o del celular como él hiciera con las cartas de Natalia cuando estuvo estudiando en Puebla. Se burló de su propia idea y se dijo que el amor es el amor aquí y en China y que siempre se las arregla para existir; por suerte. Dejó los sobres y buscó a Natalia.

—Amooooor...

—No ha regresado —respondió Florencia desde la cocina sin dejar de cortar cebolla—, le pidieron una cena. Se llevó a Cristina y a Mara para que le ayudaran a bajar las cosas. Nando está en su cuarto, le fue muy bien en la escuela. Javi avisó que va a regresar más tarde porque un amigo, que quién sabe quién será, lo iba a ver ahí en la cafetería y se iban a quedar a platicar después de la salida. Pero no te preocupes, hijo, ya mero está la cena, si quieres te sirvo antes de que regresen, o los esperas, o cenamos Nando, tú y yo, o Nando y tú o tú solito, como quieras...

Rafael sonrió ante el discurso informativo de su suegra. Entró a la cocina, le dio un beso y luego se retiró un poco para observarla mejor.

—¿Ahora pelirroja?

—¿Me veo bien, hijo? —preguntó nerviosa, triturando con más fuerza la cebolla—. Porque si no te gusta me lo cambio; total, lo compré al dos por uno y ahí tengo el chocolate; tú nada más dime, hijo, pero sé sincero, al fin y al cabo no me daría ningún trabajo. ¡Ay, hijo, todo fuera como cambiarse el color del pelo!...

—Se ve muy guapa, Flor, ya sabe. Se haga lo que se haga, usted de todos modos es guapa.

Y Rafael no mentía; Florencia había sido una mujer sorprendentemente hermosa y aún ahora, a sus sesenta y tantos años, lo seguía siendo. Era de ahí de donde Natalia y sus hijos habían sacado los ojos claros y la belleza. Con ella, definitivamente, se rompía el mito tan popular de la suegra insoportable, ¡qué va!, él la quería muchísimo. Vivía con ellos desde hacía varios años, desde que había enviudado y ellos le habían insistido que se mudara a su departamento. Entonces rentaban en Bahía, y le habían tocado también los trabajos y peripecias y la amarrada de cinturón que tuvieron todos que resistir para poder comprar la casita. Al principio, ella dormía en el sofá cama de la sala, pero por muy poco tiempo, ya que Cristina iba por ella todas las noches y no se rendía hasta lograr que su abue aceptara

irse con ella a dormir, muy apretadas, en la camita llena de flores nacaradas color pastel de su recámara infantil. En cuanto pudieron, Rafael y Natalia compraron las dos camas individuales que hasta la fecha usaban nieta y abuela en la recámara que compartían con tanto gusto. ¿Y cómo no, si las dos se querían tanto y se llevaban tan bien? El carácter alegre y jovial de Florencia hacía que fuera una buena y agradable compañía para todos, en especial para Cristina y para Mara. Cuando estaban juntas, Florencia parecía una adolescente más.

Rafael le pasó el brazo por encima de los hombros y le preguntó:

—¿De quién se acuerda que llora?

—Ay, hijo —respondió ella, sin interrumpir su labor—, bueno fuera que tuviera de quién acordarme, tú sabes que desde que murió tu suegro, que Dios tenga en su gloria, aunque lo dudo, no ha habido nadie más... Bueno, hasta ahorita... Es la cebollita tierna y con tanto jugo... Pero así es mejor, ¿eh?, todas las vitaminas se aprovechan, ya ves que mi marido decía: “más vale cebolla tierna aunque te haga llorar...”. Pero pensándolo bien, no sé si lo decía por la cebolla...

—Seguro que sí —dijo riendo Rafael—. ¿Y para qué es la cebollita? —preguntó. Soltándola del abrazo, agregó—: Porque Natalia dejó la cena, ¿no?

—Nada de cena, hijo. El pedido extra fue muy repentino y aproveché lo que tenía preparado para aquí, para

la casa. Natalia les iba a decir que así tan de repente no se podía comprometer, pero, bueno, va a ser más dinerito y además le dije: “no te preocupes, hija, yo te echo la mano”; así que te estoy haciendo tus enchiladas... Ya sabes, de pollito y de requesón, para que tengas de dónde escoger porque qué horrible es eso de que no haya variedad. Tu suegro decía: “en la variedad está el gusto”, y es muy cierto, ¿eh? Y no sólo en la comida...

Rafael ya no escuchaba, sólo pensaba en lo mala cocinera que era su suegra.

—Pero no tenía que haberse molestado, Flor, con un cafecito con leche y un panecito...

—¡¿Qué?! ¿Quieres que te mate de hambre? —Florencia interrumpió su labor y lo miró contrariada—. ¡No, hijo, nada más eso me faltaba! Te vas tempranito sin nada en la panza; sabe Dios lo que desayunarás por allá y sabe Dios qué te darán de comer en el comedor de la empresa... No, hijo, no; tienes que nutrirte. ¡Mira nada más cuánto apio y cuánto limoncito le puse a la salsita! —mientras decía esto, echaba tres grandes puños de cebolla picada en la olla—. ¡Pura vitamina! —le dio una probadita al guiso—. Eso sí, un poco amarguito, pero ahorita le echo una guayabita salvadora.

—¿Guayabita?

A Rafael le empezó a doler el estómago. Le iba a sugerir que le preparara sólo un atolito, pero se arrepintió. Hasta el atole le salía horrible. ¿Cómo le hacía su suegra?

No se lo explicaba. Pensó que, después de todo, tener tan mala sazón también tenía su mérito... ¿Pero cuál?

Con esa pregunta en la cabeza, se fue a cambiar de ropa y después hacia el cuarto que compartían Nando y Javier. Al ver a Nando se llenó de gusto y todo lo demás se le olvidó.

—¡Hola, hijo!

—¡Pa! —el niño saltó de la cama en la que estaba jugando con un dinosaurio de plástico y un monstruo lleno de picos y se le prendió al cuello.

—¡Cada día estás más grande, hijo! ¡Mira nada más! —apenas lo aguantaba. Lo sostuvo apretándolo con sus brazos unos momentos y lo bajó—. ¡Ya no te puedo cargar, Fernando, ya casi estás de mi tamaño!

Curiosamente, cuando le hablaba con más cariño que de costumbre o lo consentía, le decía Fernando; lo más común era llamarlo por el diminutivo.

—¿No has jugado?

—No, pa, de veras.

—¿De veritas?

—¡Te lo juro por Cristi!

Entonces Rafael le creyó. Nando no hubiera jurado en vano por su hermana. Ellos dos se querían muchísimo. Para Nando, Cristina era lo más importante del mundo.

—Mañana juegas una horita, ¿eh?

—¡Sí, pa! —Nando respondió sonriendo. Se sintió feliz, ¡su papá le había dado permiso de volver a usar el Play!

Se lo había castigado porque días atrás ya no quería hacer otra cosa; se pasaba horas frente a la televisión, control en mano, sin hacer caso a las advertencias de músculos flácidos, vista dañada y mente enajenada. Se lo tuvo que prohibir. Pero también sabía que no lo podía aislar, sería como enclaustrarlo, como encerrarlo en la tan mencionada burbuja que a fin de cuentas resultaba más dañina porque de todos modos algún día se iba a reventar sin remedio y Nando iba a ver el modo de tener en sus manos un control y, entonces sí, Rafael lo habría perdido totalmente sobre él. Mejor así: en su casa, con permiso y tiempo medido.

—¡Gracias, pa, te quiero mucho! —dijo Nando emocionado.

—¡A cenaaaaaaaaaaaaaar! —la voz de Florencia llegó hasta ellos.

En otras circunstancias ese grito hubiera llenado de alegría su sentido del gusto tan acostumbrado a la rica comida de Natalia, pero ahora...

—¿Qué hizo mi abue? —preguntó Nando en secreto.

—Enchiladas —respondió Rafael—, y creo que les puso guayaba. —Al ver la afligida cara de Nando, agregó—: ¡Valor, hijo, valor!

Caminando muy erguidos, cual dos soldados valientes que estuvieran a punto de enfrentar la batalla más difícil de su vida, llegaron al comedor.

Capítulo 2

Florencia estaba retirando los platos casi intactos, aun el suyo, cuando llegó Javier.

—¿No te mojaste, hijito? —preguntó Florencia en cuanto lo vio—. Porque si vienes mojado te doy rápidamente una buena friega... de alcohol, ¿eh?, no vaya a creer mi'jito chulo que de las otras... A ver, ven a que toque tu playera; está empapada, ¿verdad?

—No, abue, si ya no está lloviendo —se acercó a ella con su habitual seriedad, pero afectuoso y cordial, y le dio un beso. También besó a su papá y a Nando y en seguida preguntó—: ¿Quién hizo la cena?

—¡Yo! —contestó Florencia orgullosa.

—¡Híjole, qué lástima, acabo de cenar! —se lamentó él.

—No te puedes quedar sin probar mis enchiladas, hijito; que te digan tu papá y Nando si no están ricas, ¿Verdad que están de rechupete?

Con cara de resignación Rafael asintió, en cambio Nando movió la cabeza en un elocuente NO, pero Florencia no se ofendió.

—Ya sabes que a tu hermanito no le da gusto ni *Chepina y su cocina*; pero te sirvo tantitas, hijito, unas tres...

—No, abue, de veras, gracias —la abrazó—. Hasta tengo agruras de tanto que comí.

—Te traigo un vasito de leche, con eso se te quitan.

—¡Qué buena idea, abue!, pero quédate aquí, yo voy por él.

Y hablando y haciendo, Javier entró a la cocina, abrió el refrigerador y se llenó la boca de jamón y queso, masticó rápido y se los pasó. Repitió la operación unas dos veces más y se sirvió la leche. Con el vaso lleno regresó al comedor rogando porque su abuelita no se hubiera dado cuenta de lo que había tenido que hacer para apaciguar un poco su hambre. Nando, con la boca llena de pan, le informó que su abuelita ya se había ido a tejer y a ver la tele a su cuarto, así que Javier fue por el queso y el jamón y se los llevó a la mesa. Se sentó tranquilamente, hizo taquitos de jamón rellenos de queso, los repartió entre los tres y entre mordida y mordida dijo:

—Me encontré a Roy en la escuela, ahorita fue un rato a la cafetería.

—¿Roy? —preguntó Rafael mordiendo su taquito.

—Roy... ¿No te acuerdas? Nuestro vecino en Bahía. Vivían abajo.

Rafael hizo memoria y recordó a Enrique y a... ¿Carlota? Alonso. Los del dos.

—Roy era el mayor, ¿verdad?, el de tu edad; entonces tiene quince años, ¿no?

—Acaba de cumplir dieciséis. La chiquita, Lore, ahorita debe tener catorce, como Cristina.

—¿Y como yo? —preguntó Nando con la boca llena de jamón y queso.

—Nada más son ellos dos, chaparro, ahí no hay pilón —respondió Javier. Rafael siguió preguntando:

—La mamá es Carlota, ¿no?

—Sí, se llama Carlota —contestó Javier—; pues el caso es que Roy volvió y se metió a mi prepa.

—¿Dónde estuvo?

—En Cuernavaca, con su mamá, y ahora regresó con su papá. Ellos se separaron.

—¿De veras? —Rafael se sorprendió—. ¿Y por qué?

—De eso sí ni idea. Ay, pa, ¿cómo voy a saberlo?

—De seguro se pusieron los cuernos —comentó Nando y siguió comiendo.

—¡Míralo! —exclamó Javier—, calladito calladito, pero bien que está en todo. Ni se te ocurra decir nada delante de Roy, ¿eh, chaparro?, mañana va a venir.

Rafael soltó una risita. Le fascinaba la vivacidad de los siete años de Nando. Le guiñó un ojo y le indicó silencio poniéndose el índice en la boca.